

CAPÍTULO I

El obispo se sentía un poco mareado. De hecho, estaba endiabladamente mareado.

Esto le fastidiaba, pues estaba en contra de la enfermedad en todas sus formas. Su estado físico general distaba de ser satisfactorio en aquel momento. Era obispo de Bampopo, lugar situado en las regiones ecuatoriales, y África había sido un infierno para su sección gástrica inferior y lo había convertido casi en un inválido, circunstancia de la que no estaba orgulloso en absoluto, pues consideraba que la mala salud conducía a la ineficacia en todas las esferas de la vida, y no había nada que despreciase más que la ineficacia. Sano o enfermo, siempre procuraba acabar sus tareas de manera profesional. Así es como se debía vivir, decía. Hay que terminar lo que se empieza. Sé perfecto en tu categoría, sea cual sea. De ahí el cariño que sentía hacia los nativos: eran unos seres tan buenos y saludables...

Seres buenos y saludables. ¡Perfectos en su categoría! África quería que sobreviviesen según sus propias capacidades. Pero, claro, África tenía un leve sesgo de rencor y de malicia, una cualidad casi humana, y, cuando los blancos iban allí y trataban de sobrevivir a su manera, ella les hacía pedazos el hígado o alguna cosa por el estilo. Eso es lo que le había pasado a Thomas Heard, doctor en teología y obispo de Bampopo. Había sido tan perfecto en

su categoría, había sido un pastor tan ejemplar, que tenía pocas posibilidades de regresar al escenario de sus labores episcopales. Cualquiera podía haberle dicho lo que iba a pasar. Debió haberse permitido cierta debilidad humana en cuanto al continente negro. Pero África no quería que la ayudasen. Por lo demás, estaba casi dispuesto a dejar la Iglesia y a dedicarse a algún trabajo docente a su regreso a Inglaterra. Quizá por eso ahora prefería que lo llamasen «señor Heard». La gente se sentía más cómoda, y él también.

¿De dónde surgía ahora aquella sensación novedosa y desagradable en la región gástrica superior? ¡Qué molestia! Había cenado discretamente en su hotel la noche anterior. Había desayunado de forma moderada. ¿Y acaso no había viajado ya por muchas partes del mundo, por los mares de China y alrededor del Cabo de Buena Esperanza? ¿Acaso no regresaba ahora de Zanzíbar? Pues sí. Pero el gran transatlántico que lo había depositado el día anterior en el abarrotado puerto era muy diferente de aquel miserable carcamán que apestaba de forma indescripible mientras se mecía en el aceitoso oleaje de la reciente tormenta, a través de la cual el *Mozambique* había pasado sin un temblor. Los bancos, además, bajo un asfixiante toldo, eran horriblemente incómodos y estaban pegajosos por la humedad del siroco. Y, por encima de todo, estaba el inevitable espectáculo de los torturados pasajeros, oriundos del país. Le contagiaban su sufrimiento. Estaban tumbados por la cubierta en actitudes dignas de Miguel Ángel, gimiendo de angustia y acurrucados en las esquinas con limones apretados contra unos rostros que, por un sutil proceso de adaptación pigmentaria, habían adquirido el mismo color de esta fruta —según decían, un profiláctico contra el mareo—, o tambaleándose en dirección a la borda.

Había una campesina vestida de negro que sujetaba a un bebé contra el pecho. Tanto el niño como la madre sufrían en un grado angustioso. Debido a una bondadosa dispensación de la Providencia, vomitaban por turnos, y la situación podría haber rayado en lo cómico si no fuera por la vacía desesperación que había escrita en el rostro de la madre. Ella, evidentemente, pensaba que había llegado su hora final y, aun así, en las convulsiones de su sufrimiento, trataba de calmar al niño. Era una mujer desgarrada, con una gran cicatriz que le cruzaba la mejilla. Su angustia era muda, como la de un pobre animal. El corazón del obispo estaba lleno de piedad por ella.

Sacó el reloj. ¡Aún quedaban dos horas más de incomodidad! Luego miró el horizonte. Su destino aún estaba muy distante.

Desde la pegajosa cubierta en aquella brillante mañana, la isla de Nepente parecía una nube. Era una mota plateada en la ilimitada extensión de mar azul y cielo. Un viento del sur alentaba sobre las aguas mediterráneas, aspirando su humedad y depositándola en densas brumas en torno a las laderas y las cumbres. Los gentiles contornos apenas se insinuaban a través de un velo de niebla. Un aire de irrealidad flotaba en aquel lugar. ¿Era de verdad una isla aquella pálida aparición? ¿Una isla real con rocas y viñedos y casas? Parecía una nívea ave marina que descansara sobre las olas. Un ave marina o una nube, una de esas nubes solitarias que se separan de sus compañeras y van caprichosamente a la deriva según los deseos de cada brisa.

Todos los lugareños de clase alta habían desaparecido de la cubierta. Todos menos un joven cura inusualmente gordo, con un rostro como una luna llena, que fingía estar inmerso en su breviario, pero que, con el rabillo del ojo, miraba sin parar a una guapa muchacha campesina que

estaba apoyada incómodamente en un rincón. El cura se levantó y le arregló los cojines. Mientras, debió de hacerle algún comentario gracioso al oído, pues la muchacha sonrió lánguidamente y dijo:

—*Grazie, don Francesco.*

«Eso significa gracias, supongo», pensó el obispo. «Pero ¿por qué lo llama “don”?».

En cuanto a los otros extranjeros, aquellas señoras americanas encantadoras pero un tanto metálicas se habían retirado a su compartimento, al igual que la familia inglesa y que todos los demás. En la cubierta, no quedaba nadie del contingente extranjero, excepto él y el señor Muhlen, un personaje ostentoso y demasiado bien vestido que parecía disfrutar con la situación. Se paseaba de aquí para allá, fresco como una lechuga, intentando caminar como un marinero y por completo indiferente a sus agonizantes prójimos, a los cuales, a causa de los movimientos del barco, rozaba de vez en cuando con la punta de sus botas de charol. Botas de charol. Ya solo aquello lo calificaba, pensó Heard. En una ocasión, Muhlen se acercó a él y, con su horrible pronunciación del inglés, dijo:

—Mire a esa mujer de ahí, la del niño. Me pregunto qué haría yo en su lugar. Creo que lo tiraría al agua. A veces es la única manera de deshacerse de una molestia.

—Una medida algo violenta —respondió el obispo educadamente.

—¿No se encuentra bien, caballero? —continuó Muhlen, fingiendo hábilmente amabilidad—. Cuánto lo siento. Por mi parte, me gusta que el barco se mueva un poco. ¿Conoce nuestro proverbio? Mala hierba nunca muere. ¡Me refiero a mí mismo, por supuesto!

Mala hierba nunca muere...

Sí, era una mala hierba. A Heard no le había caído bien. Deseó que no tuvieran que verse mucho en Nepente, que,

según tenía entendido, era un lugar más bien pequeño. Unas palabras de cortesía durante la cena en la pensión el día antes de zarpar habían llevado a un intercambio de tarjetas, costumbre continental que Heard siempre encontraba molesta y que, en el caso presente, había sido inevitable. Hablaron de Nepente, o más bien Muhlen habló. El obispo, como era su costumbre, prefirió escuchar y aprender. Al igual que él, Muhlen no había pisado nunca el lugar. Aunque había visitado otras islas mediterráneas: conocía Sicilia bastante bien y, una vez, había pasado quince agradables días en Capri. Pero Nepente era distinta. La proximidad a África, claro. El suelo volcánico. ¡Desde luego! Era obviamente otro tipo de isla. ¿Trabajo? ¡No! No iba obligado por ningún asunto de negocios, ningún asunto en absoluto. No era más que un pequeño viaje de placer. Uno se debía algo a uno mismo: *n'est-ce pas?* Y, además, el comienzo del verano era, sin duda, el mejor momento para viajar. El buen tiempo estaba asegurado y, si el calor era excesivo, se podía dormir por la tarde. Había telegrafiado para reservar un par de habitaciones en un hotel que, según le habían dicho, era el mejor y esperaba que el resto de los huéspedes fuera de su agrado. Por desgracia, la sociedad local —según había oído— estaba un poco mezclada, era un poco..., ¿cómo definirla?..., demasiado cosmopolita. La situación geográfica de la isla, cerca del punto de convergencia de muchas rutas comerciales, era quizá la explicación. Por otra parte, estaban su belleza y sus asociaciones históricas, que atraían a extraños turistas de todo el mundo. ¡Gente rara! Gente que había que evitar, quizá. Pero ¿qué importaba, al fin y al cabo? Una de las ventajas de ser un hombre, es decir, un hombre civilizado, era que uno podía frecuentar cualquier compañía. A él le gustaba la gente común, los campesinos y los pescadores. Se sentía cómodo con ellos. Eran tan genuinos, tan refrescantemente diferentes...

El obispo, la noche anterior durante la cena, había escuchado estos comentarios zalameros y más bien triviales con cortés beneplácito y creciente desconfianza. ¡Campe-sinos y pescadores! Aquel sujeto no tenía ningún aspecto de interesarse por tales compañías. Probablemente, era un impostor.

Se habían vuelto a encontrar aquella tarde y habían dado un corto paseo por el muelle, donde una ruidosa banda pe-roraba aires de ópera. La interpretación suscitó por parte de Muhlen algunas observaciones cáusticas sobre la música latina en contraste con la de Rusia y otros países. Eviden-temente, sabía del tema. Heard, para quien la música era griego, enseguida se encontró fuera de su elemento. Más tarde, en la sala de fumadores, había aceptado jugar a las cartas, pues el obispo era uno de esos hombres abiertos de mente que no tienen la más mínima objeción a una apuesta entre caballeros. Una vez más, su acompañante demostró ser un consumado experto.

No. Era otra cosa lo que le molestaba de aquel hombre. Eran, sobre todo, ciertos comentarios casi despectivos que había dejado caer en el curso de la tarde sobre el género femenino. No sobre un miembro en especial, sino sobre el género en sentido amplio. Heard tenía las ideas claras al respecto y la experiencia no lo había defraudado. Nunca había permitido que su juicio se torciese por culpa de los aspectos degradantes de la feminidad que se había encontrado durante su trabajo con los pobres de Londres y, más recientemente, en África, donde las mujeres eran tratadas exactamente como animales. Él mantenía sus ideales en pie. No toleraba alusiones frívolas al género femenino. La conversación con Muhlen le había dejado mal sabor de boca.

Y ahí estaba ahora, pavoneándose arriba y abajo por la cubierta, sublimemente encantado consigo mismo. Heard

observaba su deambular con sentimientos encontrados: desaprobación moral combinada con una pequeña pizca de envidia por la conspicua inmunidad de aquel sujeto al mareo general.

Una mala hierba. Sin duda, una mala hierba.

Entretanto, el continente retrocedía despacio. Transcurrió la mañana y, bajo la feroz atracción del sol, las brumas se levantaron. Nepente se volvió tangible, una auténtica isla. Resplandecían sus rocas doradas y los cuadrados esmeralda de sus cultivos. Un conjunto de casas blancas —algún pueblo o aldea— estaba posado a media altura entre las rocas, donde un rayo de sol juguetón había abierto un sendero a través de la bruma. El telón se alzó. Aunque solo a la mitad, pues los picos volcánicos y los barrancos más altos estaban aún envueltos en perlado misterio.

El cura gordo alzó la vista de su breviario y sonrió de manera amistosa.

—Le he oído hablar en inglés con ese individuo —dijo, sin apenas rastro de acento extranjero. —Si me permite la observación, veo que no se encuentra usted bien. ¿Le puedo traer un limón? ¿O quizá un vaso de coñac?

—Me encuentro mejor, gracias. Debe de haberme afectado ver a esa pobre gente. Parecen sufrir horribilmente. Supongo que me tengo que acostumbrar a ello.

—Sí que sufren. Y ellos se acostumbran también. A menudo, me pregunto si son tan susceptibles al dolor y al malestar como los ricos, que tienen una estructura nerviosa más fina. ¿Quién sabe? Los animales también tienen sus sufrimientos, pero nadie quiere escucharlos. Quizá por eso Dios los hizo mudos. Zola, en una de sus novelas, habla de un burro mareado en un barco.

—¡Cáspita! —dijo Heard. Era una expresión anticuada que había aprendido de su madre—. ¡Cáspita!

Se preguntó qué hacía aquel joven eclesiástico leyendo a Zola. De hecho, esto lo había sobresaltado ligeramente. Pero nunca permitía que se le notaran esos estados.

—¿Le gusta Zola? —preguntó.

—No mucho. Es más bien un sinvergüenza y su técnica es ridículamente transparente. Pero uno no puede evitar respetarlo. Si quisiera leer ese tipo de literatura para mi propia diversión, leería a Catulle Mendès. Pero no lo hago. Entiéndame, yo leo a Zola para penetrar en las mentes de mis penitentes, muchos de los cuales insisten en leer esos libros. ¡A las mujeres les influye mucho lo que leen! Personalmente, no siento mucho aprecio por los escritores indecentes. Y, sin embargo, a veces uno se ríe a su pesar con ellos, ¿verdad? Veo que se siente usted mejor.

Heard no pudo evitar decir:

—Habla usted muy bien inglés.

—¡Oh, solo pasablemente! He predicado a grandes congregaciones de católicos en Estados Unidos. Y en Inglaterra también. Mi madre era inglesa. El Vaticano ha tenido a bien premiar los humildes trabajos de mi lengua con el título de monseñor.

—Mi enhorabuena. Es bastante joven para ser monseñor, ¿no? Uno tiende a asociar esa distinción con cajas de rapé y gota...

—Treinta y nueve años. Es una buena edad. Uno empieza a apreciar las cosas en su justo valor. Pero su alzacuellos... ¿Puedo preguntarle...?

—¡Ah, mi alzacuellos! El último vestigio... Sí, soy obispo. Obispo de Bampopo, en África central.

—Es usted bastante joven para ser obispo, ¿no?

Heard sonrió.

—El más joven de la lista, creo. No había muchos aspirantes para ese lugar. Lejos de Inglaterra, trabajo duro, el clima..., ya sabe.

—Un obispo. ¡Vaya!

Se quedó pensativo. Se le ocurrió que, probablemente, su acompañante le estaba tomando el pelo.

—Sí —continuó Heard—. Soy lo que llaman una «botella vacía». Es una expresión que se usa en Inglaterra para referirse a los obispos coloniales que vuelven de sus diócesis.

—¡Una botella vacía! Eso suena a cerveza.

El cura parecía desconcertado, como si no estuviera seguro del tono del otro. La cortesía meridional, o la curiosidad, venció sus miedos. Quizá a aquel extranjero le gustaba gastar bromas. En fin, le seguiría la corriente.

—Mañana podrá usted ver a nuestro obispo —prosiguió tranquilamente—. Viene siempre para la festividad del santo patrón. Tiene usted suerte de venir en esta fecha. Toda la isla se engalana. Habrá música y fuegos artificiales y una procesión solemne. Nuestro obispo es un anciano encantador, aunque no es precisamente un liberal —añadió con una risa—. Así es como debe ser, ¿no cree? A nosotros nos gusta que nuestros ancianos sean conservadores. Así contrarrestan el modernismo de los jóvenes, que a menudo es violento. ¿Es la primera vez que visita Nepente?

—Sí. Me han hablado mucho de la belleza del lugar.

—Le gustará. La gente es inteligente. Hay buena comida y buen vino. Nuestras langostas son famosas. Encontrará algunos compatriotas en la isla, entre ellos algunas damas, como la duquesa de San Martino, por ejemplo, que es americana. ¡Unas señoras encantadoras! Y las muchachas campesinas, por cierto, son dignas de una mirada benevolente...

—Seguro que me va a gustar esa procesión. ¿Cómo se llama el santo?

—San Dodécano. Tiene una historia maravillosa. Hay un inglés en la isla, Ernest Eames, un erudito, que puede contarle todo al respecto. Sabe más cosas del santo que yo.

Se diría que cena con él cada noche. Pero es un gran ermitaño. Eames, quiero decir. Y es muy amable por parte de nuestro viejo obispo venir a la festividad —continuó con cierto énfasis—. Su trabajo lo retiene en el continente. Su diócesis tiene casi ochenta kilómetros cuadrados. Por cierto, ¿cómo es de grande su diócesis?

—No sabría decirle una cifra exacta —respondió Heard—. A veces, tardaba tres semanas en viajar de una punta a la otra. Probablemente, no sea mucho más pequeña que el reino de Italia.

—El reino de Italia. ¡Vaya!

Aquello fue la gota que colmó el vaso. La conversación se terminó bruscamente, pues el amigable cura se quedó en silencio. Parecía dolido y decepcionado. La broma había ido demasiado lejos. Había querido ser amable con un extranjero que no se encontraba bien y esta era su recompensa: que le tomaran el pelo con la mentira más burda. Recordó otras ocasiones en las que no había conseguido apreciar el extraño sentido del humor de los ingleses. Un mentiroso. O quizá un lunático: uno de esos inofensivos entusiastas que van por el mundo creyéndose el papa o el arcángel Gabriel. Fuera cual fuese el caso, no dijo otra palabra y se puso a leer su breviario en serio.

El barco fondeó. Los lugareños salieron en tromba. Muhlen se fue solo en un coche a caballo, presumiblemente a su suntuoso hotel. El obispo, tras recoger su equipaje, se fue en otro coche. Disfrutó del viaje por aquel camino que ascendía serpenteante. Admiró las decoraciones festivas de las casas, los jardines y los viñedos, el variegado paisaje rocoso de más arriba, los campesinos sonrientes y quemados por el sol. Había un aire de satisfacción y de bienestar en aquel lugar. Algo alegre, opulento, casi dramático.

«Me gusta», concluyó.

Se preguntó cuánto tardaría en ver a su prima, la señora Meadows, por cuyo deseo había interrumpido su viaje a Inglaterra.

Don Francesco, el cura sonriente, pronto los adelantó a ambos pese a la conversación de diez minutos que había mantenido en el muelle con la guapa joven campesina. Había tomado al cochero más rápido de la isla y ahora avanzaba frenéticamente carretera arriba, resuelto a ser el primero en informar a la duquesa de la llegada del lunático.